



## INTRODUCCIÓN HISTÓRICA

Ralph Roeder, en uno de los pasajes más inspirados de su admirable libro *Juárez y su México*, afirma que “en las vidas de las naciones se destacan ciertos años, singularmente más importantes que épocas enteras, porque las sintetizan”. Es cierto, pero no sólo por sintetizarlas sino, además, porque taján un proceso histórico y señalan una clara línea divisoria entre el “antes” y el “después”. Tal es el año de 1808, considerado en España (con Portugal) como el corte entre el Antiguo Régimen y la Revolución; e igual en Iberoamérica: el principio del fin. En el caso concreto de México —precisemos—, el movimiento independentista se abre en 1808 con el colapso de la monarquía y se cierra, en una primera instancia, en 1823, con la caída de Iturbide y la instalación del congreso constituyente que diseñará la forma del Estado republicano federal.

La exégesis de ese periodo de cambio —una vuelta copernicana sólo comparable a la que se da con la Conquista—, involucra la de todo el acaecer histórico de México: de 1808 hacia atrás; de 1823 hacia adelante.

Intérpretes y analistas hay muchos; pero los pilares historiográficos de la revolución de independencia son únicamente dos: Carlos María de Bustamante y Lucas Alamán. Y de ellos, el primero representa el punto de partida, el parámetro con que se medirá, evaluará y enjuiciará el fenómeno emancipador. La *Historia* de Alamán, que aparece más de un cuarto de siglo después de los primeros fascículos del *Cuadro histórico* de Bustamante, se sirve de éste con largueza para impugnarlo y establecer “la otra” versión del movimiento que se inicia en 1808. La antítesis de la tesis; o, si se quiere, las dos tesis de la revolución, cuyo asenso o rechazo modulan el curso de la historia y condicionan en gran medida la conducta social, política e ideológica del sujeto de esa historia, por lo menos hasta 1867; y después de esta fecha siguen inspirando reflexiones e interpretaciones sobre el ser y el acaecer de México.

El examen de las obras de Bustamante y Alamán —génesis, características, contenido y fundamento ideológico—, con algunas referencias a la formación intelectual, contexto social y vida pública de ambos autores, nos permitirán aproximarnos a su significado y situarlos en el cuadro general de la historiografía del México independiente.

Carlos María de Bustamante, hijo de padre español y madre criolla, nació en Oaxaca en 1774. “Mis padres —recordó en su autobiografía— tenían una virtud muy severa y procuraron darme una educación parecida a la de los espartanos; poseían una regular fortuna, pero usaban de ella con mucha sobriedad.”<sup>1</sup> Realizó su instrucción primaria y media en Oaxaca. Llegó a la ciudad de México en 1794 para estudiar jurisprudencia. Presenció la entrada del virrey Branciforte y la inauguración de la estatua ecuestre provisional de Carlos IV; suceso que evocaba, cuarenta años después, con un interesante comentario que es un juicio sobre el virreinato. La estatua —escribe don Carlos— “colocóse enfrente del palacio en actitud de entrar ruando en él Carlos IV; mas en esta misma actitud se ofendía altamente a la nación mexicana, pues el caballo iba pisando con el pie izquierdo el águila y carcax, blasón de nuestro antiguo imperio. Esta señal de desprecio irritó a los que lo observaron con reflexión. Aun en medio de los regocijos públicos se procuraba irritar a una nación digna de otra suerte. Hoy se ha quitado a golpe de cincel en la estatua de bronce aquella águila abatida; pero no se ha podido hacer otro tanto con el carcax, porque sobre él se apoya el pie del caballo”.<sup>2</sup> En este párrafo se trasluce la tesis vertebral del pensamiento de Bustamante, que podría expresarse así: la existencia de un Estado original y legítimo (“nuestro antiguo imperio” azteca), abatido por unos conquistadores extranjeros que se adueñaron de él; y la necesidad y justificación de recuperar aquella soberanía por medio de un movimiento independentista, cuyo sentido era el de una auténtica “reconquista”.

Protegido del doctor Antonio Labarrieta, Bustamante hizo en su compañía un viaje a Guanajuato, en 1799. Mencionó el hecho en varios

<sup>1</sup> Datos que figuran en su rara, curiosa, chispeante y sugestiva autobiografía, publicada bajo el largo título, muy bustamantino, de: *Hay tiempos de hablar, y tiempos de callar. Biografía de un antiguo insurgente, que dedica a los magnánimos, justos e ilustrados patriotas que pretenden proscribirlo de la República Mexicana, y que puede servir de memoria para la historia de la insurrección de 1810, que preparó la independencia de la dominación española*, México, Imprenta de Valdés, a cargo de José María Gallegos, 1833.

<sup>2</sup> *Los tres siglos de México durante el gobierno español, hasta la entrada del Ejército Trigarante*. Obra escrita en Roma por el padre Andrés Cavo, de la Compañía de Jesús. Publicala con notas y suplemento el Lic. Carlos María de Bustamante y la dedica a los señores subscriptores de ella y protectores de la literatura mexicana, México, Imprenta de Luis Abadiano, 1836-1838; 4 vols. Citamos por la segunda edición, Méjico, Imprenta de J. R. Navarro, Editor, 1852, p. 221.

de sus escritos, porque, en tal ocasión —dice— conoció a Hidalgo y lo trató con cierta intimidad. “Y lo hallé tan predisuelto para la revolución —afirma terminantemente— como lo estaba la noche del 15 de septiembre de 1810, en que dio la voz de independencia en el pueblo de Dolores.” Es de dudarse que Hidalgo se hubiese explotado en sus ideas conspiratorias con un joven al que apenas conocía; pero la intención de Bustamante, al relatar su encuentro en Guanajuato con Hidalgo, no era otro que señalar la vocación revolucionaria de éste como cosa antigua y el “Grito” de Dolores como una decisión no improvisada, sino larga y meditamente preparada.

Por problemas académicos de sus estudios, Bustamante no se pudo graduar en la Universidad de México, y a mediados de 1801 marchó a Guadalajara, donde obtuvo el título de abogado, luego de presentar su examen profesional ante el tribunal de la Audiencia, que de inmediato le otorgó la plaza de relator. Permaneció sólo un año en Guadalajara. De vuelta en México, trabajó un tiempo como defensor de oficio en la Sala del Crimen de la Audiencia; pero inclinándose por el ejercicio libre de la profesión, dejó aquel empleo e ingresó, como abogado postulante, en el acreditado despacho del licenciado Primo de Verdad y Ramos. Esta relación, que lo introdujo en el círculo de los letrados criollos, amigos y asesores del virrey Iturrigaray, daría un giro inusitado a su existencia.

Indisciplinado y poco metódico en sus obligaciones escolares y en su carrera profesional, estos rasgos acusan también las fallas de su formación intelectual. A pesar de su tránsito por la Universidad, hay en Bustamante mucho de autodidacta. Su mente, enfebrecida por una curiosidad insaciable, lo empujaba a atiborrarse de las lecturas más heterogéneas y de los temas más inconexos, sin plan ni concierto. El latín, que nunca dominó a fondo aunque se envaneciera de él, le descubre a los clásicos: Cicerón, Tácito, Virgilio. Se familiarizó con la lengua francesa. En sus mocedades —declaró— lo influyeron Almeyda (*Recreaciones filosóficas*), Heineccius (*Elementos de derecho natural y de gentes*) y Feijóo (*Teatro crítico, Cartas eruditas*). Y se asomó a los enciclopedistas y filósofos europeos, a través de las discretas glosas que venían en autores españoles, o de las escasas traducciones fragmentarias que lograban filtrarse en la Nueva España.

Pero más interesante, porque le cala más hondo, es la inmersión de Bustamante en el pasado, remoto y reciente, de su país; que lo conduce, sin remedio, al análisis —todo lo precipitado y lineal que se piense—, de la realidad que lo envuelve, de su “circunstancia”, como diría Ortega. El indio vivo, cuya miseria, sumisión y explotación ha palpado, primero en Oaxaca y luego en la abigarrada metrópoli, lo convierte en solidario de “los vencidos”, en abogado de su causa, en creyente de su regeneración: y, de rechazo, en fiscal y acusador de la

Conquista y dominación españolas —él, hijo de españoles, De ahí su “neo-indigenismo” (o mejor, “neo-aztequismo”), que muchos críticos —Tresguerras y Alamán los primeros— ridiculizaron y tacharon de absurdo y anacrónico, pero del que don Carlos nunca dejó de estar convencido. De ahí también su propensión a creer, al pie de la letra, en la veracidad de los horrores y crímenes inventariados por el padre Las Casas —al que siempre alude con el título de apóstol— en su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*; librito explosivo que “resucitó”, debido en parte a los afanes de nuestro fray Servando Teresa de Mier, con insólito éxito editorial, durante la época de la emancipación de Iberoamérica. De ahí, finalmente, su tesis en torno a los orígenes nacionales: el “Imperio de Anáhuac”, no la Conquista de Hernán Cortés; que deriva hacia un independentismo populista y una repulsa creciente a cuanto significase el poder y el dominio peninsulares.

Su arsenal libresco para conocer la historia que fue y entender la historia que estaba siendo, abarcó prácticamente la bibliografía fundamental disponible en su tiempo: Cortés, Bernal Díaz, Las Casas, Acosta, Herrera, Torquemada, Palafox y Mendoza, Solís, Sigüenza, Boturini, Lorenzana, Clavijero, León y Gama, Alzate, la *Gaceta de México*, etc. Pero estas fuentes no lo dejaron satisfecho. Intuía que las lagunas eran más extensas que la tierra firme. Por ello, cuando descubrió que los archivos estaban repletos de crónicas, historias y relaciones altamente reveladoras, se entregó a la frenética tarea de darlas a conocer, vía la letra impresa. Que lo hizo faltando a las reglas más elementales del método y la crítica histórica, importa menos que la elevada mira de ese, casi fanático, quehacer suyo: informar a los mexicanos de la primera mitad del siglo XIX, para que descubrieran sus señas de identidad, lo que habían sido —logros y malogros— sus ancestros. Y por éstos entendía, en primer término, a la raza indígena conquistada en el siglo XVI.<sup>3</sup>

De entre todos los que manejó a lo largo de su vida, dos autores son los que más honda huella dejaron en su espíritu: Cervantes y Bernal Díaz. Don Quijote y Sancho se pasean de lo lindo, con cualquier pretexto, por sus miles de páginas; y Bustamante los utiliza o los manipula como figuras referenciales para censurar, ejemplificar o moralizar sobre situaciones y hombres de su tiempo. El libro inmortal, no cabe duda, se lo sabía de memoria. Acaso la insistencia en citarlo tuviera su raíz emocional en el hecho de que don Carlos se soñaba o se veía convertido en otro Quijote, desfacedor de entuertos; de los

<sup>3</sup> Véase, al respecto, nuestro prólogo a Carlos María de Bustamante, *Historia Antigua de Oaxaca*. Publicada en el número 4 de *El Centzonli* como un suplemento a la Memoria estadística de Oaxaca, del mismo autor, México, Bibliófilos Oaxaqueños 6, 1968.

múltiples y enrevesados entuertos nacionales. Por más que, a menudo, fuese el burdo pero realista pragmatismo de Sancho el que esgrimiera como lección atendible. Y en cuanto a Bernal, su *Historia verdadera*, que le fascinaba, por ajustarse a su gusto, estilo y forma de relatar un gran acontecimiento —decisivo en el destino del país, como también lo fue, a su juicio, la gesta de Hidalgo—, la consideró el modelo ideal de sus propias producciones. A tal grado que, próximo a morir, tituló su último libro, que era una crónica de la guerra con los Estados Unidos, *El nuevo Bernal Díaz del Castillo*.<sup>4</sup>

Bustamante fue, antes que otra cosa, periodista. En 1805 funda, con Jacobo de Villaurrutia, el *Diario de México*, donde publica infinidad de artículos, de los asuntos más diversos, excepto políticos, que la censura no permitía. A partir de entonces, aprovechó todas las oportunidades que se le presentaron para comunicar sus ideas por medio de la prensa; y todavía en 1848, anciano y enfermo de gravedad, tenía alientos para enviar “remitidos” a *El Siglo XIX* o *El Monitor Republicano*. Fue un luchador tenaz por la libertad de expresión. Un derecho —lo dijo y lo reiteró hasta el fin de sus días— consustancial del individuo, por el que libró batallas a lo largo de más de cuatro décadas; algunas, verdaderamente quijotescas.

La crisis política del verano de 1808 lo atrapó en la trinchera del bando criollo opositorista o aperturista. Con pretexto de un recado de su puño y letra que decía “Cortes: su utilidad y necesidad de ellas”, encontrado entre los papeles del depuesto Iturrigaray, “fui llamado a la casa del oidor don Miguel Bataller —recordaba en un escrito de 1838— que... me tomó una declaración de dos horas sobre aquel papelucho, para sacarle, como él decía, *la púa al trompo*”.<sup>5</sup> Y aunque a duras penas evitó ir a la cárcel, los golpistas de 1808 y sus sucesores ya no lo perdieron de vista.

Al estallar la revolución en el pueblo de Dolores, Bustamante tomó partido a favor de ella, aunque por lo pronto sólo *in petto*. Viviendo en la ciudad de México, principal reducto del enemigo, su militancia le imponía precaución. Se integró al grupo clandestino de “Los Guadalupe” y colaboró, sin dar su nombre, en la prensa insurgente promovida por la Junta de Zitácuaro. Pero también hizo pública oposición al régimen, aprovechando el escaso margen de libertad que toleró el virrey Venegas, obligado por la Constitución gaditana que, como observó don Carlos, tuvo que jurar “a rechinadientes”. Y así.

<sup>4</sup> *El nuevo Bernal Díaz del Castillo, o sea, Historia de la invasión de los anglo-americanos en México*, compuesta en 1847 por D. Carlos Ma. de Bustamante, introducción de Salvador Noriega. México, Secretaría de Educación Pública, 1949: la primera edición, en 2 vols., es de México, Imprenta de Vicente García Torres, 1847.

<sup>5</sup> Incluimos este texto autobiográfico de Bustamante en la sección antológica.

en los comicios para la designación de los miembros del Ayuntamiento constitucional de la capital, Bustamante ganó el cargo de "elector" por su barrio de San Miguel, en medio de manifestaciones populares acompañadas de gritos tan provocativos como "¡Viva el cura Morelos, viva Nuestra Señora de Guadalupe y mueran el actual gobierno y los gachupines!" No sólo: en octubre de 1812, Fernández de Lizardi y él, dieron un paso más en su empeño por cuestionar al régimen virreinal. En la historia de la libertad de prensa, ellos integran la primera avanzada. Lizardi publica su celeberrimo periódico *El Pensador Mexicano* y Bustamante su no menos incisivo *Jugueteillo*, que ironizan y zahieren al autoritario Venegas. Los riesgos calculados de su audacia no resisten el embate de un gobernante dispuesto a violar la propia Constitución. El virrey no sólo requisa los últimos números de *El Pensador* y el *Jugueteillo*, sino además ordena la aprehensión de los editores. Por su incurable y admirable vocación de hombre libre, Lizardi purgará ocho meses de cárcel y una mordaza de ocho años que le impedirá expresar lo que piensa. Pero Bustamante, más astuto y ligero de piernas, logra escurrir el bulto a la persecución policiaca. Convencido de que era imposible abrir el sistema desde dentro, decidió incorporarse a las fuerzas que intentaban abrirlo desde fuera. Y, antes de que concluyera el año de 1812, abandonaba la ciudad de México para ir en busca de la revolución.

En rigor, su militancia insurgente se prolonga hasta 1821, cuando se abre paso el movimiento de Iguala. Y de ese largo periplo, su momento cumbre —el que lo marcaría el resto de su vida y fundamentaría su concepción de la historia del México independiente— se localiza en Chilpancingo y en 1813, cuando conoce a Morelos y participa como diputado en las tareas del por él bautizado "Congreso de Anáhuac". El impacto que le produjo Morelos fue perdurable y alcanzó con los años, en sus sentimientos y pensamientos, la dimensión de casi un enfermizo fanatismo. Y ello moduló su credo de la revolución popular, en el que se aferra, y no en el movimiento ilustrado, del que desconfía; ello también condicionará su juicio y prejuicio cuando emprenda el desmesurado plan de narrar e interpretar aquel gran acontecimiento en el que Bustamante tuvo, ciertamente, arte y parte.

Capturado en 1817, en Veracruz, cuando pretendía fugarse en un buque inglés que zarpaba rumbo a Jamaica, fue recluido más de dos años en las mazmorras —que él cita repetidas veces como "socuchos"— de San Juan de Ulúa. Fue procesado por el consabido delito de infidencia, pero sus artimañas abogadiles y el retorno, en 1820, del sistema constitucional, lo libraron de una sentencia. En ese año se le asignó la ciudad de Veracruz como residencia obligatoria y se le permitió litigar y publicar, incluso asuntos de contenido político.

El Plan de Iguala cogió a Bustamante de sorpresa en Veracruz; y

como hacia 1821 constituía la única sopa independentista, decidió probarla, con el resultado —lo diría después muchas veces— de hacerle los efectos de un vomitivo. Si hubiese sido invitado a la entrevista de Córdoba entre Iturbide y O'Donojú, nos habría dejado un vívido y aguzado testimonio personal de ese momento histórico clave durante el cual se firmó el acta de defunción del virreinato. Pero don Carlos no asistió al evento de Córdoba —estando muy cerca— por dos razones: en primer lugar, Iturbide no le tenía un solo ápice de confianza; y, en segundo, para esas fechas, Bustamante, residente ya en la liberada Puebla, atraído por la primera imprenta que olfateó, se entregaba de lleno a la febril e intencionada tarea de hacerle publicidad a la “otra” revolución, a la suya, encarnada en la figura de Morelos, su único ídolo.

Argumento emocional que le impidió unirse al carro triunfal del Ejército Trigarante y presenciar el espectáculo, inimaginable por la sociedad que en 1808 había empezado a alterarse, del 27 de septiembre.

El 11 de octubre de 1821, solitario e inadvertido, Bustamante regresó a la capital, no sin antes hacer una escala en San Cristóbal Ecatepec. Aquí lloró sobre la olvidada tumba de Morelos e invocó su memoria para que lo inspirase en sus próximas actividades, tanto políticas como historiográficas; unas y otras insinuándose ya colmadas de riesgos, de contrariedades y de álgidas polérmicas.



Testigo y actor de los acontecimientos que a partir de 1808 arrastrarán al antiguo régimen a su caída, Bustamante, desde el inicio de ellos, se propuso reseñarlos y consignarlos en letra de molde. En el curso de su propia militancia revolucionaria, iba reuniendo datos, documentos, informaciones; y, si hemos de creerle, hacia 1817 ya tenía redactado un primer esbozo de su historia, pues en Veracruz, antes de abordar el bergantín inglés *Bear* en el que proyectaba fugarse, su esposa —nos dice en su autobiografía— le amarró “contra el pecho y la espalda cinco cuadernos que contenían la historia de la insurrección”. Y agrega, con humor involuntario que no puede menos que hacernos sonreír, esta observación: “He aquí el único tesoro que llevaba y cuidaba de salvar, como César sus *Comentarios* cuando pasó a nado desde el faro de Alejandría hasta echarse en los brazos de Cleopatra.” Este material se perdió, pues antes de que fuese aprehendido y sacado a la fuerza del buque, relata dolorido, “abrí mis baúles donde llevaba mis papeles e historia y todo lo entregué a unos jovencitos ingleses guardias marinas que... los tomaron y ocultaron”.

Ya en la relativa calma de Puebla, en vísperas de la victoria definitiva del Trigarante, el memorioso Bustamante empezó a rehacer sus

textos perdidos en Veracruz y a dar inicio a su ambiciosa empresa historiográfica. El fruto de tantos afanes y el que más fama póstuma le ha redituado es la conocida obra cuyo título enuncio aquí: *Cuadro histórico de la revolución de la América Mexicana, comenzada en quince de setiembre de mil ochocientos diez por el ciudadano Miguel Hidalgo y Costilla, dedicada* [alude a cada "época" y a cada "carta"] *al ciudadano general José María Morelos*. Integrada la obra a base de cartas dirigidas a un anónimo corresponsal —es decir, al público lector—, Bustamante la cierra con esta explicación: "He concluido, amigo mío: lea usted y mis pósteros estos apuntamientos como verdadero texto de la historia de la revolución mexicana, comenzada a escribir en agosto de 1821 y terminada en México hoy miércoles 21 de noviembre de 1827."

Las precisiones bibliográficas acerca de la caudalosa producción bustamantina constituyen un verdadero dolor de cabeza para los investigadores. Descuidos, erratas a granel, incongruencias, faltas de sincronía e interpolaciones de última hora que casi siempre inducen al equívoco o al extravío del lector, saturan todos, absolutamente todos, sus escritos. Trataré, por lo tanto, de abreviar, con la mayor claridad posible, la descripción formal del *Cuadro histórico*.<sup>6</sup>

Su primera característica —misma que acusa las fallas de composición y unidad general— es que se trata de una obra pensada, publicada y distribuida por entregas, a la manera de una revista o periódico semanal o quincenal. Cada entrega o "carta" —como las denomina el autor—, redactada al vapor la víspera de ir a la imprenta, constituye una unidad, con paginación propia. Más o menos, su lección se liga con la subsecuente; pero a menudo los cortes temáticos son abruptos, y no faltan agregados fuera de sitio que debieron ir en entregas precedentes. Son en total 141 cartas, de 12 a 24 páginas cada una, que se vendían en la calle, como los periódicos, o en el despacho de la imprenta. Algunas, por su mayor demanda, se reeditaban. Pero Bustamante retuvo un cierto número de ejemplares de cada una de ellas para formar volúmenes y expenderlos como libros. Distribuyó las cartas en cinco tomos, cada uno con una falsa portada y su respectivo índice. Sobra advertir que el pie de imprenta de la falsa portada de cada tomo, suele no coincidir con el que figura en muchas de las cartas reunidas en ellos. Los tomos I y II están fechados en 1823 (Imprenta de La Águila); pero el segundo equivocado, pues la mayoría de las cartas que incluye fue impresa en 1824; el tomo III en 1825 y el IV en 1826 (Imprenta de La Águila); y el tomo V en 1827

<sup>6</sup> Es significativo el cambio de título que Bustamante hace a su obra en la "segunda edición, corregida y muy aumentada por su autor": *Cuadro histórico de la Revolución Mexicana*, México, t. I-IV, Imprenta de J. Mariano Lara, 1843-1844; t. V, Imprenta de Ignacio Cumpido, 1846.



(Imprenta de Galván). El conjunto, impreso en letra menuda y formato de cuarto menor, arroja un total de casi dos mil páginas.

Al integrar el tomo V y último, Bustamante le agregó, sin paginar, un "Prólogo del autor", que en rigor es un *postscript*, que principia así: "Tengo el honor de presentar a la nación mexicana esta obra, comenzada en agosto de 1821 en Puebla, continuada en el arresto de San Francisco en 1822 entre guardias y espías, y trabajada sin intermisión hasta el presente año de 1827." Lo que amerita una explicación de la secuencia de las cartas.

La primera, que es la única que lleva portada especial (*Cuadro histórico de la revolución de la América Mejicana. Carta primera, dedicada a la buena memoria del señor don José María Morelos*, Puebla, 1821, Oficina del Gobierno Imperial; 16 p.), redactada a fines de agosto, circula en Puebla en septiembre y se reedita en México en octubre, a poco del regreso de Bustamante y de su instalación definitiva en la capital. Es interesante señalar un cambio muy significativo entre la edición poblana y la metropolitana: en la primera, la voz México y sus derivadas van escritas con "j", que en la segunda se sustituye con la "x", de la que nunca más se apeará ya Bustamante. El dato importa, porque el uso de la "j" o de la "x" puesto "en la frente" de nuestro país ha implicado una toma de posición ideológica: hispanismo *versus* mexicanismo.

La segunda carta aparece en noviembre y la tercera en diciembre de 1821. Entonces, Iturbide se alertó. En la cúspide de su poder, el *Cuadro histórico* deterioraba la imagen del movimiento de Iguala a expensas de la revolución de 1810, de la que abominaba y a la que siempre había combatido. Por lo tanto, empezó a hostilizar y a lanzar globos-sonda a manera de advertencias, al editor. Éste hizo como que no se daba por aludido, pero la atmósfera se le fue enrareciendo. Así, el 12 de diciembre, sufrió prisión por nueve horas, acusado de haber puesto en ridículo al gobierno, en el número 5 de su periódico *La abispa de Chilpancingo*, que se publicaba al mismo tiempo que el *Cuadro*, con idéntico propósito exaltatorio de los héroes de 1810.<sup>7</sup> Y aunque Bustamante, por lo pronto, pudo parar el golpe, y su *Abispa* siguió en circulación, del *Cuadro* ya sólo apareció la carta cuarta, anunciada en la *Gaceta* del 14 de febrero de 1822. Reapareció (carta quinta) catorce meses después, el 18 de mayo de 1823, caído ya el obstruccionador, y no volvió a interrumpirse hasta la carta última que, como hemos visto, se data en noviembre de 1827. (La segunda edición del *Cuadro*, 1844-45, sustancialmente reproduce a la primera con algunas adiciones documentales, varias aclaraciones y abundantes notas

<sup>7</sup> Para más pormenores de este momento historiográfico-político, de Bustamante, remito a mi estudio que precede la magnífica edición facsimilar de *La Abispa de Chilpancingo*, México, Partido Revolucionario Institucional, 1976.

que ligan la lección del texto con sucesos posteriores a 1827).

Otro dato que importa señalar es que a partir de la carta octava, anunciada publicitariamente en *El Sol* de 16 de junio de 1823, Bustamante avisa "que el Poder Ejecutivo le franquea al autor los archivos del antiguo virreinato". Es decir, que la obra, en adelante, se iba a enriquecer con una investigación documental sistemática y de primera mano. Y así fue, pero con un peculiar ingrediente: don Carlos gustaba de apostillar los papeles que consultaba en el Archivo, con expresiones y comentarios alusivos, los más de ellos chispeantes y cáusticos, y ninguno desperdiable. Por su inconfundible letra y porque a menudo fechaba y firmaba sus apostillas, le hemos seguido la huella a sus exploraciones documentales, a través de cientos de legajos del Archivo General de la Nación; y lo menos que podemos decir de esta compulsión es que la mayor parte del *Cuadro histórico* y la totalidad del importante *Suplemento* a la *Historia* del padre Cavo (que contiene, a su vez, la historia de los últimos virreyes de Nueva España, desde Croix hasta Apodaca), se apoyan en una muy confiable investigación documental de fuentes primarias. Otra cosa es el uso y el abuso que de esos materiales hizo Bustamante.

En el aspecto técnico y metodológico, el *Cuadro histórico* es una positiva desgracia. Su estructura —la lección histórica que abarca los últimos trece años del virreinato— apenas se mantiene en pie, y ello a base de remiendos, parches y apuntalamientos infinitos. La obra, en conjunto, es de difícil e irritante manejo. Buscar la secuencia de los acontecimientos, seguir la evolución de las campañas militares, encadenar el desarrollo de las ideas políticas, que figuran en el voluminoso libro, se convierte en tarea mareante; sobre todo para lectores despistados y apresurados. Y luego, la jerarquización de los asuntos casi no tiene pies ni cabeza: lo accesorio se coloca al nivel de lo esencial, el acontecer trascendental e irreplicable se diluye en un océano de menudencias y micro-sucesos, el sentido general del proceso histórico —sus líneas fundamentales encontradas— hay que irlo "pepenando", acá y allá, entre cientos de anécdotas y contingencias individuales. Y no se hable del léxico, de la sintaxis y, en fin, del estilo literario todo, que desde su tiempo hasta el nuestro ha horrorizado —sigue horrorizando— a más de un purista del idioma.

Y, sin embargo, pese a ésas y otras muchas fallas que no es difícil acumular, el libro de Bustamante —las cartas, hilvanadas un poco a la fuerza para integrar un libro denso e intenso de cinco volúmenes— dio en el blanco y colmó con creces los objetivos buscados por el autor. Mas, para valorarlo y establecer su significado, es requisito indispensable no apartarnos del contexto sociopolítico-económico y de las circunstancias en que el *Cuadro histórico* apareció. No olvidar que es una obra por entregas que semana a semana, desde septiembre de

1821 hasta noviembre de 1827 —salvo el lapso en que Iturbide la silenció—, fue destilando, y no sólo a nivel popular, gota a gota, la sustancia que suele definirse como “mística nacional”, hoy tan demeritada y sujeta a juicio pero entonces tan vital, por cuanto constituía el clavo ardiente al que debía asirse una sociedad inmadura, recién independizada políticamente, mas en constante zozobra ante la perspectiva de no poder preservar esa, a tan alto costo conseguida, independencia (1827 inicia la psicosis colectiva de una viable expedición española de reconquista).

Por lo demás, Bustamante, en el *postscript* que añadió para cerrar su obra, y que figura al principio del volumen quinto, señala un mérito y una característica del *Cuadro histórico*, que nos parecen inobjetables y atendibles. “Solamente puede lisonjearme de haber sido el primero en acometer una empresa tan difícil, que después de realizada me ha admirado a mí mismo” —mérito, cierto, que no puede regateársele. Y esto, para ilustrar sobre su aspiración real en el campo historiográfico: “*Mis lectores —explica— no verán esta obra como la historia de nuestra revolución, sino como una compilación de materiales para que otro la escriba cuando ya hayan calmado las pasiones.*” Declara, por lo tanto, que no es historiador —negación que reiteró muchas veces—, y que el *Cuadro* no es la historia de la revolución sino un *corpus* de materiales que podría ser útil para que “otro” —¿pensaría ya en Alamán?— la escriba. Y no erró, pues del *Cuadro* se sirvieron —aunque no lo citaran y a menudo los sacara de quicio— Zavala, Mora, Alamán abundantemente, Zárate, Sierra y cuantos en nuestro siglo han —hemos— escrito sobre la independencia mexicana. Constituye, aún hoy, una cantera inagotable.

Más que historiador, Bustamante fue un cronista, un memorioso increíble (de hechos extraordinarios y de minucias intrascendentes) y un testigo de cargo de su tiempo. Pero su *Cuadro histórico* —lo contradecemos— es algo más que una “compilación de materiales”; es la exposición y justificación de una tesis: la del 16 de septiembre. Recojo como ejemplo, de las muchas ocasiones en que se ocupó de ella, este relato que figura en el *Suplemento* a la *Historia* de Cavo: menciona Bustamante la junta convocada el 18 de septiembre por el virrey Venegas para premiar a los responsables de la destitución de Iturrigaray y recabar un préstamo de veinte millones de pesos que, “con palabras dulces y almibaradas”, exigía la Regencia. “Éste fue un verdadero insulto a los mexicanos”, exclama don Carlos, que luego agrega: “Pero ¡ah!, que en aquella misma sazón, ya por las montañas de Guanajuato y sus cavernas se multiplicaba en repetidos ecos el terrible grito de libertad dado tres noches antes en el pueblo de Dolores; ya una hueste numerosa se hallaba reunida en la villa de San Miguel el Grande; la tierra brotaba por todas partes gentes que

venían a colocarse bajo el pendón de la libertad e independencia... La medida estaba colmada... Pasamos el Rubicón."

Pero ese paso del Rubicón, inadmisibile para muchos, es el que provoca la antítesis que formulará el inteligente Lucas Alamán.



Admirado por Vasconcelos y estudiado sin prejuicios y con agudeza por Valadés, Arnáis y Freg y González Navarro, Lucas Alamán (1792-1853) es, como todo el mundo sabe, una figura clave para explicar las contradicciones del proceso histórico del México independiente. El reverso de Bustamante, en cuanto a clase social, educación, cultura, estilo literario, vida pública e ideología; pero, sobre todo, en el concepto valorativo de las raíces sociales del país. A mediados del siglo, entre 1849 y 1852, cuando la república aún no sale del trauma que le ha producido la derrota de la guerra con los Estados Unidos, y cuando Bustamante ya ha muerto, don Lucas publica su imponente y destinada a consagrarlo, *Historia de Méjico*.

Años antes, en 1844-45, había dado a luz unas *Disertaciones*; exposición sumaria pero muy documentada de la Conquista y el virreinato, que él mismo consideraba como una "introducción a la historia de la independencia", y cuyo postulado se implicaba en esta contundente afirmación suya: "Todo cuanto existe (en México) trae su origen de aquella prodigiosa conquista." En esa palabra *todo* —opinión— se resume la línea central del pensamiento de Alamán.

La *Historia* es varias cosas simultáneas: el relato del pasado inmediato de México "desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808", la explicitación de una toma de conciencia y de una ideología, la defensa de una clase social, el alegato justificativo de un servicio público y el testamento político del autor; pero también, combinándose con lo anterior, es la respuesta, la impugnación rotunda al *Cuadro histórico* de Bustamante.

Si en el aspecto formal, en su continente, el *Cuadro histórico* —hablamos de la primera edición— semeja una barcaza desvencijada, la *Historia* de don Lucas nos parecería un navío de lujo. Claro que entre las fechas de uno y otra, la tipografía mexicana había experimentado avances considerables; pero aún así, la obra de Alamán, según escribió un crítico madrileño en 1884 —que, por cierto, impugna sus ideas— "es un verdadero monumento tipográfico, hasta el punto que hoy mismo no se imprime en Europa con la limpieza, el esmero y el gusto con que se imprimió ese libro en México".<sup>8</sup> Pero también en la estructura, en el método, en el ensamblaje de sus partes,

<sup>8</sup> Este juicio figura en el artículo, sin nombre de autor, publicado en una revista o un diario de Madrid, bajo el título: "Los historiadores de la independencia mexicana". Lo hemos reproducido en nuestro estudio, "Una historiografía de la independencia mexicana, anónima, de 1884", *Estudios de*

en la claridad expositiva, en la precisión de sus citas, en la adecuación de sus apéndices documentales, en la calidad de sus ilustraciones y en el cuidado con que se acota la cronología, todo contribuye a situar la *Historia* (cinco volúmenes con cerca de cuatro mil páginas) en un nivel muy alto, respecto al *Cuadro*.

Las circunstancias bajo las que cada uno redacta su respectiva obra, y las diferencias de temperamento, carácter y criterio, acentúan la separación, casi abismal, entre ambas. "Mi posición en el tiempo en que he escrito —advierte Alamán—, me ha colocado en la situación más ventajosa para juzgar con imparcialidad de todo lo pasado." Por supuesto, no juzgó con imparcialidad, pero sí con más frialdad, con más reposo y meditación, y con una perspectiva más amplia de la que dispuso Bustamante; éste pensó la historia al tiempo de escribirla y publicarla; el otro la re-pensó morosa y cerebralmente, antes de dar el primer pliego a la imprenta.

Pero el problema con Alamán se polarizó no en las cualidades formales y estructurales de su *Historia*, sino en las ideas que ésta proyectaba, en la *antítesis* provocativa que se pasaba de la primera a la última página. Porque si Bustamante había consagrado la epopeya libertaria de 1810 como la razón de ser del México independiente, Alamán se propuso hacer trizas la imagen y el significado de esa misma epopeya —anuladora de la "prodigiosa conquista" que dijera en sus *Disertaciones*— y negarle la categoría de fundamento del Estado nacional. Concluye así, su exposición de la insurgencia, al final del cuarto volumen: "La revolución comenzó por un engaño; se propagó y sostuvo por los medios más inmorales y atroces, y terminó pidiendo perdón al vencedor los que aun quedaban en ella, degollándose o entregándose vilmente unos a otros para merecerlo. ¿Cómo pudo pues debérsele la independencia?"

La respuesta se la dio Melchor Ocampo, desde Morelia, en su discurso del 16 de septiembre de 1852. "Ruborizado de ello —exclamó, aludiendo a Alamán sin nombrarlo—, tengo que recordar que a los fundadores de nuestra nacionalidad se les ha llamado a la barra de la historia, de dos años a esta parte, para que respondan de su conducta. ¡El benefactor llamado a juicio por el beneficiado, para que explique por qué no hizo el beneficio del modo que éste lo entiende, y cuando el beneficiado mismo se opuso a que se hiciera mejor... Nada más común en el ingrato, que discutir si es un bien el que ha recibido, o atribuirlo a innoble origen o deprimir por cualquier otro pretexto al bienhechor."<sup>9</sup> Alamán contra-atacó en el prólogo al últi-

*Historia Moderna y Contemporánea*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1967, vol. II, p. 115 ss.

<sup>9</sup> *Obras completas de Melchor Ocampo*, t. II, "Escritos políticos, prólogo de Ángel Pola, México, F. Vázquez, editor, 1901, p. 14.

mo tomo de su *Historia* (fechado el 18 de noviembre del mismo año), diciendo al final de su alusión a Ocampo: "No me habría detenido a hablar de este insignificante escrito, condenándolo al olvido o al desprecio que el orador pide para mí a sus oyentes, si él no fuese el eco de un partido que quiere todavía sostener la máquina de engaños que a la luz de la verdad ha caído desbaratada, para no restablecerse jamás."

La "máquina de engaños" contra la que Alamán lanzaba, como una catapulta, su *Historia*, no era otra que la teoría y la acción de 1810 y la tesis de Bustamante, ahora retomadas y actualizadas por Ocampo y una porción considerable de mexicanos, dispuestos a reanudar y completar el camino abierto y prefijado por Hidalgo. Y en cuanto a la afirmación de que aquella máquina había "caído desbaratada para no restablecerse jamás", Ayutla y la Reforma se encargarían de hacerla trizas. Pero Alamán no vivió lo suficiente para rectificar el último párrafo de su *Historia de Méjico*.

C.U., México, D. F., marzo de 1984